

DOS NÚMEROS POR SEMANA.

Recreo, moralidad, instrucción.

PRECIOS.

MADRID.

Tres meses... 9 rs.
Seis id... 16 »
Un año... 30 »

PROVINCIAS.

Tres meses... 10 rs.
Seis id... 18 »
Un año... 34 »

DIRECCION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.



REGALOS Á LOS SUSCRITORES.

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS.

EXTRANJERO.

Tres meses... 22 rs.
Seis id... 35 »
Un año... 74 »

En París recibe suscripciones y anuncios para EL CASCABEL, M. E. Pierron.—Boulevard Magenta, 101.
Se suscribe en la Habana. Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.

AMÉRICA.

Seis meses... 38 rs.
Un año... 70 »

FILIPINAS.

Seis meses... 60 rs.
Un año... 110 »

ADMINISTRACION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

EL CASCABEL.

DIRECTOR Y EDITOR, D. C. FRONTAURA.

PERIÓDICO FESTIVO.

ADMINISTRADOR, D. F. PEREZAGUA.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

POLITIQUELLA.

Hoy, que no tenemos gana de hacer nada, no nos importa perder el tiempo diciendo cuatro cosas á *El Español*, periódico ministerial, ministerialon, ministerialísimo, agarrado al ministerio como un chiquillo al pecho de la nodriza... y perdonen VV. la *comparanza*, como diría un general que VV. conocen, y que ahora está en desgracia, es decir, que no manda.

Pues señor, *El Español* tiene una manía: la de excitar á los periódicos de oposicion á que hablen y digan lo que les parece esto, y lo otro, y lo de más allá, con lo cual nos recuerda aquello de

«Salga V., salga V. á que le coja el toro...»

Varias veces ha hecho el periódico ministerial estas excitaciones, y el pobre se queja de que no hablemos, de que callemos, de que guardemos silencio, de que no digamos una palabra, y casi, casi, nos acusa de dar lugar, con nuestro silencio, á no sé qué cosas.

En su última excitacion, dice *El Español*:

«Si nuestra voz tuviera alguna autoridad para con nuestros colegas en la prensa, les excitaríamos á que se uniesen á nosotros para predicar el abandono de los medios revolucionarios.»

—¡Pero hombre, V. ha almorzado fuerte!... ¡Conque quiere V. que nos unamos con V. para predicar?...

—¡Y dónde demonios va V. á predicar?... ¡Pues no parece sino que no le conocen á V. todos los fieles, y hasta los infieles!...

Eso de abandonar los medios revolucionarios, tiempo hace que lo hemos estado aconsejando nosotros, ¿y de qué nos ha servido?...

Más vale tomar á broma la acusacion que nos dirige *El Español*; porque si la tomáramos en serio, sería ocasion de decirle cosas muy duras.

Y luego dice:

«Tal vez la palabra de los periódicos de oposicion serviría para salvar á muchos infelices que, confiados en su politica amenazadora, se comprometen en empresas dolorosas y ridículas.»

V. nos hace mucho favor; pero díganos V. aquí, en confianza, ¿qué hay? ¿qué empresas son esas?... ¿qué politica amenazadora es la nuestra?

La politica amenazadora es la de los periódicos ministeriales, no la de los periódicos de oposicion, que los pocos que hay callan como muertos; las empresas ridículas son las que sueñan esos periódicos, y los que procuran sostener la alarma son los periódicos que tan frecuentemente hablan de politica amenazadora, de medios revolucionarios, y quieren presentar á los de oposicion como iniciados en algun tremebundo plan.

¿Quiere *El Español* que los periódicos de oposicion hablen?...

Pues aconseje él á quien debe lo que conviene hacer para eso.

Hacer lo que hace *El Español*, es poco generoso. Ya que él habla todo lo que quiere, y dice á los periódicos de oposicion lo que le viene en mientes, déjenos callar, y no hostigue ni provoque todos los días á los periódicos de oposicion.

Y despues de todo, ¿á qué viene hablar de todo eso de que habla *El Español*, si concluye con este párrafo?...

«Al cabo de un año, el Gobierno ha tenido la fortuna de que ninguna de las conspiraciones intentadas haya producido fruto, y no ha habido que sofocar ningun trastorno serio. Este gran triunfo, que apenas ha costado sangre, es la mejor justificacion de su politica. La Providencia ha bendecido su rectitud de miras y su adhesion inquebrantable á nu stras grandes instituciones, premiándole con la más grata recompensa que ambicionan los hombres políticos: la gloria de haber salvado á su patria de la anarquía.»

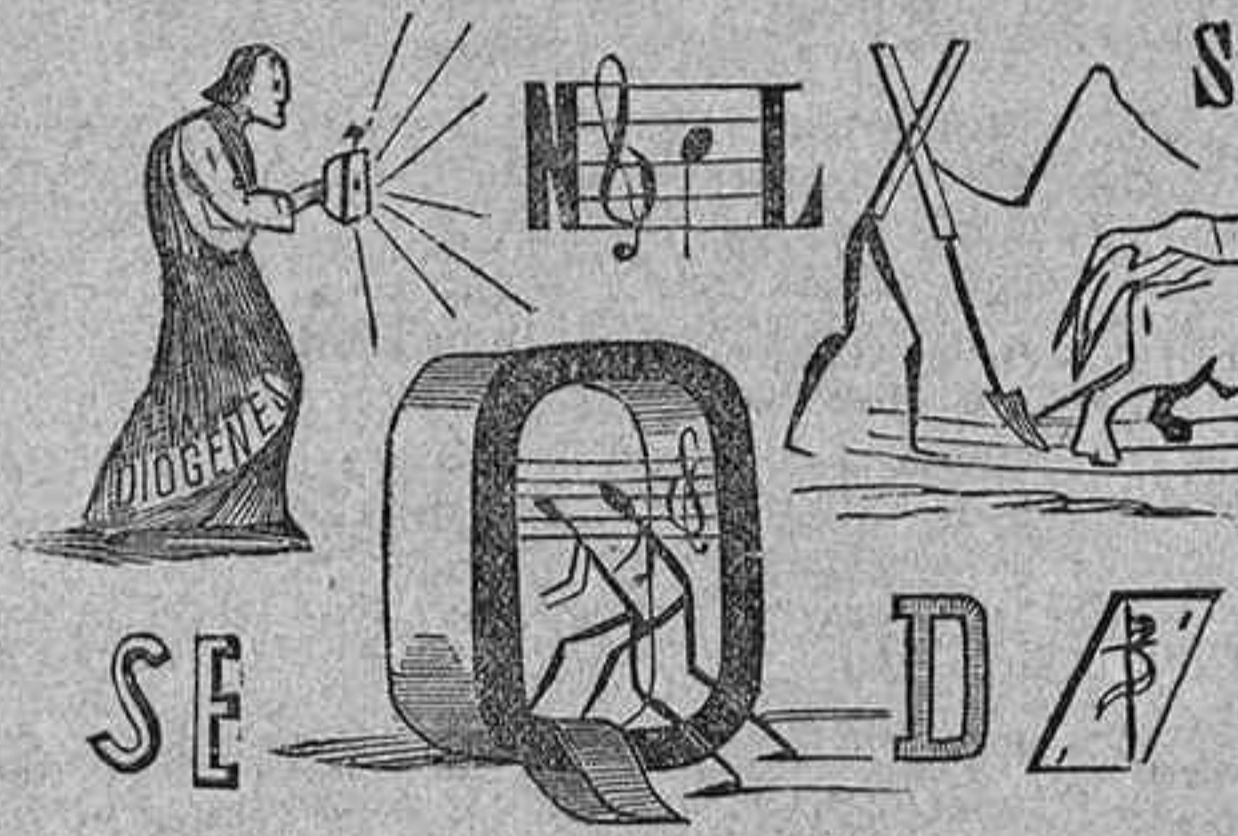
Pues si está V. tan satisfecho, si han triunfado VV. de todo, si tienen VV. esa gloria, ¿á qué, por qué, para qué va V. á asustar á sus lectores con esas alharacas y esas tonterías?... ¿quién le dice á V. que los periódicos que no somos ministeriales, porque no nos da la gana, somos responsables de lo que hagan ó intenten hacer esos infelices de que habla V. en ese artículo?

¡Bah! ¡bah! se conoce que el dia que escribió ese artículo tenía poco que hacer su autor, lo mismo que nosotros hoy, que nos hemos hecho cargo de él, para que no diga *El Español* que nadie quiere jugar con él.

Que V. se alivie, amigo, y expresiones.

**

GEROGLÍFICO.



LOS BAÑOS,

PINTADOS POR UN IDEM.

Baños dije... ¡y en el mes de Agosto!... El artículo podrá salir detestable, carísimos lectores, pero lo que es *inoportuno*, me parece que ni el mismo Campoamor sería capaz de probármelo en la más pintada de sas *Doloras*, y eso que las hace que ni *pintadas*.

Por lo demás, este asunto, no solo es un asunto fresco, lo cual ya es mucho en medio del sol que nos achicharra, sino que es tambien un asunto libre. En efecto, hablar ahora de baños, es hablar de la *situacion*, y sin embargo, estamos seguros de que, á pesar de ello, ninguna prescripcion de la ley de imprenta vendrá á coartar la libertad de nuestras apreciaciones.

Yo, lectores de mis entretelas, vivía en la creencia de que el hombre era solo un animal racional, con más ó menos *escama*, y que no podía, por lo tanto, figurar entre los cuadrumanos. Pero cuando llega esta época del año, y cuando veo á la mitad de la humanidad zambullirse horas y horas, con la mayor fruicion, en esa gran palangana que se llama *el mar*, burlándose de la otra mitad, porque sus achaques ó su sindineritis (el mayor de los achaques) no le permiten hacer otro tanto, entónces me convenzo de que el hombre es además un animal *anfíbio*, y de que el gran Linneo se equivocó de medio á medio al ordenar los grupos de su sistema zoológico.

No trato de trazaros ahora la historia de los baños, tan antigua como el mundo, y que no cabría de seguro en las columnas de *EL CASCABEL*.

Nuestro padre Adán se bañaba ya en verano á las orillas del Eufrates.

Las abluciones se prescribian en el ceremonial judaico, y eran y son un gran elemento de placer en las costumbres de los orientales.

Proverbiales son las magníficas termas de Roma, donde los ciudadanos de la señora del mundo tenían el derecho de bañarse gratis en aquellos establecimientos del Estado, derecho que se ha olvidado hacer constar (*proh dolor!*) en las modernas constituciones.

Pero sin engolfarnos en estas consideraciones históricas, ¡qué tema tan fecundo no da para cien artículos la palabra *baños*, pronunciada en la presente estacion! Donde quiera que vais un establecimiento de baños, allí vereis un cuadro completo de costumbres, allí vereis en caricatura á la humanidad, con todas sus pequenezas, con todos sus vicios, con todas sus miserias.

Acercaos á ellos conmigo, si lo dudais, y escójamos, por ser más característicos, los baños de cualquier ciudad de nuestras costas, donde se representa... al natural, la escena de que tratamos.

El viento húmedo del mar, los vapores de la arena, el bullicio de la poblacion arremolinada, y hasta la expresion de aquellas fisionomías lácias, todo nos indica que allí se trata de remojar la piel, como el olorcillo suculento y el ruido de los cubiertos nos indican, al acercarnos á una fonda, que allí se trata de confortar el estómago.

Pero procedamos por partes: estamos en la sala de baños, que es, como si dijéramos, la *antesala* del gran estanque. Una nivelacion republicana atestigua bien en ella el civilizador principio de que todos somos hijos de un mismo padre, y una misma *toilette* es la que viste aquella abigarrada muchedumbre: la *toilette* de las hojas de parra, que fué la primera *moda* á que rindió culto el hombre inmediatamente despues de la comision del pecado original.

Bajo la unidad de la *toilette*, estudiemos ahora la diversidad de tipos.

Aquel es un pusilánime: ha empleado tres horas en desnudarse, ahora se humedece el sobaco con arena, por si no se hallaba del todo enjuto, despues se rellena los oidos de algodón en rama, para poner un dique á la curiosidad del agua, se coloca un colosal sombrero de paja, para que no se *tome* su delicado cútis;

y en esta postura, y de esta manera,

como dice el baron *En las astas del toro*, echa un cigarrillo de papel; liado despues en una sábana, como una aparicion del *Hamlet*... en *negligé*, se asoma á ver el cariz del mar, y cuando ha preguntado cien veces á los que salen del baño si la mar está *picada*, si el fondo está limpio, si el agua está muy fría... se decide por fin, no sin hacer ántes mil gestos y contorsiones, á meter el pié, (no digamos *pata*), despues la pierna, y por fin el cuerpo, en el refrigerante elemento. ¡Que le aproveche!

¿Qué sombra es esa que se pasa majestuosamente de un ángulo á otro de la sala, mirando con desden á los que le rodean, y recibiendo de ellos, á su vez, envidiosas é inquisitoriales miradas?... ¡Ah! ese es un hombre colosal, es el Goliath de los bañistas; cuando baja, tiembla la frágil escalerilla de madera... todos le dejan paso con respeto... sus brazos y sus piernas, al hendir las olas, se asemejan á las colosales aspas de un molino de viento... y parece que hasta la mar es pequeña para dar cabida á la inmensidad de aquellamole. Saludemos á este coloso de la materia, y á otro.

En aquel rincon hay un chiquitín de ocho años, esqueluznado y lleno de granos, que grita, y llora, y se emberrincha porque se *escama* del agua que bebió el dia ántes, y dice que es muy fría y muy *salada*, y á pesar de eso, maldita la *sal* que le encuentra cuando ha de beberla á grandes tragos en sus obligatorios ejercicios de natacion.

En aquel otro lado hay un espectro,—digo mal,—

un adolescente, que acaba de salir del baño: los ojos hundidos, la fisonomía cadavérica, las uñas moradas, el cuerpo largo y estenuado, tiritando diente con diente, como si acabase de salir de entre los témpanos de la Siberia. — ¡Y este chico se baña! — Ahora comprendo que los baños se toman á veces por medicina.

Allí veo venir un enorme abdomen, montado sobre dos alambres, y una cabecita en la parte superior, que me hace el efecto de un garbanzo sobre un calabazon... aquello es un semejante mio, cuyo análisis fisiológico recomiendo á los naturalistas.

Pero oigo una gritería que ni en la Plazuela del Carmen, y salgo á la orilla: á la izquierda está el departamento de mujeres; — ya me explico la algarabía.

Una mamá alta y enjuta empuja hácia la orilla á siete ú ocho tiernos frutos de bendición, que se resisten á entrar en el agua. A aquella mamá no le falta más que una caña para convertirse en pavero... y al verla cómo acosa su ganado, me acuerdo de la oportunidad de aquella conocida frase *al agua, patos*, que aquí podría substituirse con ventaja, por la de *al agua, patas*...

Más allá, una lindísima jóven, mal envuelta en una blanca bata, se acerca á la orilla, y se asusta, y se vuelve atrás para adelantarse luego, trayéndome á la memoria aquella deliciosa quintilla de Gil Polo:

«Junto al agua se ponía
y las ondas aguardaba,
y al verlas llegar huía;
pero á veces no podía,
y el blanco pié se mojaba!»

Pero uno de los eunucos de Europa, me advierte que en aquel sitio no se puede estar más que de paso, y tengo que marcharme entonces *paso á paso* (por obedecerle), al departamento de hombres, de donde al poco rato salgo hecho un Adán, y soy con mi cuerpo en las alborotadas olas.

En el momento de haber entrado, siento que me arriman en el hombro el más valiente de los puntapiés habidos y por haber... voy á pedir una explicación, pero... es el hombre de las aspas de molino, que pasa nadando junto á mi lado... y vaya V. á pedirle!

Al poco, rato un porrazo nuevo, pero en las sienes; entonces me tambaleo... mas tampoco es cosa de cuidado; el pusilánime de que os hablé al principio, se había armado sobre las que ya llevaba, de unas enormes calabazas que tenía asidas de la mano por una cuerda, y que flotando á su gusto en la superficie, habían acabado por besar mis inofensivas sienes.

Una rociada de agua me salpica entonces la cara, haciéndome olvidar del anterior porrazo, por aquello de que un clavo saca otro clavo, y cuando vuelvo en mí, veo que ha sido producida por los manotazos del chico espeluznado y lloron, que empeñado en no tragar más agua, es causa de que traguemos al agua y al chico cuantos nos encontramos cerca.

Por último, y para colmo de desgracias, una ola de padrastro y señor mio, *hace* (no dice) allá voy... y me deja por un momento cubierto bajo su espumosa capa, y echando de menos el puntapié, el calabazazo y el manotazo, que no me ponía al menos en el peligro de morir de un atracón de agua.

Salgo de esta como puedo; pero tantas malandanzas juntas hacen que la tempestad estalle, y la tempestad es un vahido que me deja allí cinco minutos á la pública espectación, aumentando los materiales para los aficionados á esta clase de articulejos.

Al volver á casa, estenuado con tantas emociones, me encuentro con la carta de un amigo mio de la Mancha, en que me envidia si hay que envidiar, porque mi buena suerte me permite remojarme en la actual estación y disfrutar cuanto quiero de las delicias de los puertos de mar.

Pero vosotros, lectores de mi alma, ya habeis visto que no es oro todo lo que reluce, y ya sabeis hasta dónde pueden llegar las consecuencias de algunos remojones.

Así pues, tú, amigo mio manchego, y vosotros, vecinos de la coronada villa, que no tenéis más mar que el estanque grande del Retiro, y que os veis obligados á bañaros (digámoslo así) en la tísica corriente del Manzanares, que viene á ser como tomar el sol en una gruta, consolaos con vuestra suerte, que no es tan mala ni de mucho, como la de alguno de los que envidiais... porque los veis de lejos.

Y si no queréis pasar por *cursis*, y durante las veladas de invierno se suscita la conversacion de baños y de expediciones, echad con desenfado vuestro cuarto á espaldas, y decid que en este verano tambien habeis viajado, y... (por dos cuartos!) habeis hecho una excursion hasta los baños de... Baños, ó lo que es lo mismo, hasta el presente articulo de vuestro afectísimo

RICARDO MOLY DE BAÑOS.

ROMANCES POPULARES.

LA GRAN INFAMIA.

(Continuacion.)

II.

La noche es oscura y triste
y el campo en silencio está...
Duermen los pobres soldados,
que tienen necesidad,
después de tantas fatigas
y tan rudo pelear,
de dar al cuerpo reposo...

y pronto amanecerá
y hay que volver al combate
para morir ó matar...
Oyese solo el alerta
que los centinelas dan,
y el graznido de los cuervos,
que en aquella oscuridad
un cadáver se disputan
que yace en un cenagal,
bañado en la propia sangre,
sangre que no ha de bastar
á la sed de aquellas fieras
que devorándole están...
En la muralla del fuerte
que defiende la ciudad,
en la cual por allí solo
puede el enemigo entrar,
y eso si los defensores
entrada libre le dan,
que si no, por más que ataque
y redoble más y más
sus fuerzas, y el fuego arroje
en devorador volcan,
tan fuerte y firme es el fuerte,
que de fijo no entrará,
un hombre solo pasea
con reposado ademan.
Es de gallarda apostura
y bizarro sin igual,
y es el puesto más honroso
el que ha logrado alcanzar,
que él es el jefe del fuerte,
el nombrado capitán
de los más bravos soldados,
los de valor ejemplar,
los que han dado grandes pruebas
de cariño y lealtad
al príncipe infortunado
que bajo su guarda está,
sosteniendo hidalgamente
por decoro nada más,
los desgarrados girones
de la bandera imperial...
No extrañan los centinelas
que vigile con afán
aquel hombre, cuando duermen
fatigados los demás...
Todo el ejército sabe
que aquel soldado leal
á Maximiliano debe
la mas sincera amistad,
que más que amigo es su hermano,
que parte con él el pan,
que le ha colmado de honores,
y no le negó jamás
merced alguna, y en prueba
de cariño fraternal,
á él sus penas le confía,
y hablan los dos sin cesar
de la pobre esposa loca,
que á ver ya no volverá
al esposo idolatrado
que hizo su felicidad,
felicidad ¡ay! de un día
que nunca más gozará.
Suspende el paso aquel hombre,
escucha con ansiedad,
hácia el muro se dirige,
grita un soldado ¿quién va?...
se descubre, y el soldado
libre le deja pasar...
y con paso cauteloso
se aleja de la ciudad...
— ¿Dónde irá?... dice el soldado,
y ¡alerta! vuelve á gritar,
y contestan á su grito
los que en la muralla están...

— Anda el hombre, y anda, y anda,
y al oír una señal,
se detiene, y firme espera
unos momentos no mas.
— ¿Qué has resuelto?... le pregunta
el hombre á quien fué á buscar.
— ¿Entregas á tu señor?...
— Eso de entregarle....

— ¡Yal
Quiero decir si le vendes.
— Según le queráis pagar.
— Dos mil onzas es el precio
que ha puesto mi general.
— No es tu general muy pródigo.
— Pero tú cargo te harás
de que son malos los tiempos,
y no hay más oro que dar.
Poco dinero, á fé mia,
es ese que te darán,
que ser traider, ¡voto al diablo!...
ni por eso ni por más
lo sería yo en mi vida,
bien te lo puedo jurar;
que por más oro que tenga
el que hace una indignidad,
si tiene conciencia... es cosa
de no poderla callar.
Enemigo soy del príncipe,
y en esta guerra tenaz,
dos hermanos que tenía
y mi padre han muerto ya;
pero ni aun así la infamia
puedo yo nunca aprobar,
y siento ¡voto á mi nombre!
que por torpe vil metal

al emperador nos vendas,
que tan ajeno estará
de que es su mejor amigo
quien le va á sacrificar.
En fin, ni quito ni pongo,
allá tú te compondrás
con tu conciencia... y el oro
con que tu acción premiarán.
— ¿Te acomoda ó nó?... que espera
tu respuesta el general...
Si te arrepientes te vuelves
libremente á la ciudad,
que aunque en mi poder te tengo,
yo no sé hacer nada mas
que lo que no menoscaba
mi puro honor militar...
— ¡Me insultas!...

— No te dé pena,
que otra vez me encontrarás,
y si quieres, reñiremos,
y nos matamos, y en paz.
Ahora habla de tu negocio,
que es lo que te importará.
— ¿Y dónde están esas onzas?...
— Mañana te las darán.
Quinientas te traigo á cuenta,
toma, las puedes contar,
que ese dinero las manos
está abrasándome ya...
— Pues di al general que venga,
y que entrará en la ciudad.
— ¡Corrientel... Tan gran infamia
nunca pude imaginar.

C. FRONTAURA.

(Se continuará.)

EXPRESIONES

No hay que esperar en lo que sigue ideas, ni pensamientos, ni filosofías, ni consideraciones.

Si fuera así, lo consignaría el epígrafe, que sería entonces algo más expresivo que lo es tal cual aparece.

Y así como en las cartas ó en las fórmulas diplomáticas se estila decir: «Recibid la expresion de mis sentimientos, ó de mi más distinguida consideracion,» en este artículo dice el autor á sus lectores:

Recibid la expresion de las expresiones más vulgares, y que más malamente expresan ó disfrazan lo que se quiere decir.

Hemos tachado de poco expresivo el epígrafe, y á fé que no lo es: en prueba de ello, muchos lectores, al leerlo, habrán exclamado de seguro:

— «¡Tantas gracias!» ó «devuélvaselas V.» ó «de su parte de V.»

Y aquí encuentro ya el asunto que voy tratando. ¿Cuántas son tantas gracias? ¿Por qué la inoportuna respuesta de su parte de V? ¿De qué otra parte pueden ser las expresiones si no son de V?...

Parece que si falta el *de su parte de V.*, se las va á dar de parte del vecino de enfrente.

Tambien hemos da lo en exclamar, cuando encontramos á una persona, ¡hola! y al despedirla, ¡vaya! ó conque... Y obsérvenlo VV. con cuidado, rara vez falta en los saludos ó despedidas la salsilla del *hola, vaya ó conque*.

Verdad es que dicen que el hombre es animal de costumbre.

Y vean VV. otra expresion que es una perogrullada. Todos los animales tienen costumbres, de modo, que lo natural es que el hombre las tenga tambien; mas esa frase quiere significar, á nuestro juicio, que el hombre, en lo tocante á sus costumbres, es un animal (sin razon), por lo automática y ratiuario que se muestra en cuanto dice ó hace.

De ello es una prueba todas las expresiones que sucesivamente iremos consignando.

Se habla frecuentemente del *seno de la comision*. Desafiamos á cualquiera á que nos designe ese seno, que no es el de Abraham, y á que nos diga, dada que sea una comision compuesta de varios individuos: «Aquí, en este punto, está el seno de la comision.»

¿Y qué direnos de tomar medidas? Á todas horas está el Gobierno tomando medidas para esto ó lo otro. De mí, puedo decir que jamás he visto cómo ó dónde las toma.

Y cuenta que tales medidas son generalmente medidas que la opinion pública reclama. Tampoco he oído nunca semejante reclamo.

Verdad es que todavía no nos ha sido dado contemplar el edificio social desmoronándose, ni á la revolucion llamando á las puertas, ni las aras del país, ni al pueblo en masa, ni hemos leído la ley del embudo, ni podido ver sudar á la prensa, aunque sí á los prensistas, ni tenido en nuestras manos la llave del enigma ó el hilo del *complot*, ni presenciado el *entablar* de las negociaciones, ni volado jamás, siquiera fuera con las alas del entusiasmo.

No hablemos de *disolucion*, porque en seguida se nos viene á las mientes la disolucion de las Cámaras, y nos apena tan fuere juego de palabras.

¿Qué decir del *celoso* funcionario que, sin levantar mano, entiende en el asunto?

Pase que el funcionario tenga celos, pase que efectivamente entienda en el asunto; mas ¿por qué no ha de levantar la mano cuando quiere, sobre todo si no es contra sus mayores en edad, dignidad ó gobierno?

Para encarecer los méritos de un *hombre público* se enumeran los *servicios* que ha prestado á su patria. ¿Qué dirán de esto los contribuyentes? ¿Qué juicio formarán

de ese hombre, que después de haber cobrado crecidos sueldos por esos servicios, no ha hecho sino prestarlos?

Con la frase *hacer diligencias*, ó *hacer una diligencia*, significamos una acción que nada tiene que ver con aquellos coches que tan poco diligentes eran en su época. *Hacer tiempo*, quiere expresar lo contrario precisamente de lo que dice, esto es, *deshacerlo*; así como *dar tiempo al tiempo*, es más bien *quitar tiempo al tiempo*, y *hacer la barba* es realmente quitarla ó deshacerla, que es cuanto puede citarse en impropiedad.

Esto, sin contar *hacer platos*, frase que maldito si tiene que ver con la materialidad de construir ó hacer los platos según salón de la fábrica.

Otro verbo, el verbo montar, forma también algunas frases dignas de este artículo. Tal es, por ejemplo, *montar en cólera*, expresión para nosotros tan ridícula, que el oírlo nos produce el efecto de *montar en una caña*, poco más ó menos.

Nada decimos de *montar una fábrica* ó *montar un establecimiento*, frase imposible é impropia á todas luces. En igual caso colocamos una que se dice del vivo y exagerado deseo que alguien siente por el logro de un capricho, la cual se formula así, v. gr.: «Fulano tiene la *carretela montada en las narices*.» ¿Y por qué cuando uno va montado en yegua, mula ó burro, ha de decirse que va á caballo? ¿De qué manera irían montados los antiguos, que tan á menudo se recuerda con la frase *montado á la antigua*?

No es posible mayor impropiedad, que llamar *criados* á los que lo están peor; *dietas* á las gratificaciones que cobran los ingenieros ú otros funcionarios en días de ciertos trabajos en que salen por doble ó triple sueldo que los días que no están á dieta; *pelonas* á las mujeres que tienen poco pelo; *mangas perdidas* á unas que no están sino muy halladas, y otras muchas expresiones á este tenor.

Acabo de decir á este tenor, y si la costumbre lo hubiera sancionado, pudiera haber dicho de igual modo á *este contralto*, á *este tiple*, á *este barítono*.

Y puesto que á la obra de mano se ha dado en llamar *maniobra*, ¿por qué á la obra de pié, que también la hay, no ha de nombrarse *pediobra*?

Yo maldigo la casual coincidencia que equipara á los hombres con los animales irracionales. Para distinguir á aquel de éstos, un filósofo lo define así: *El hombre es un animal que piensa*.

Nótese que, como el hombre es el animal que menos piensa, puesto que los demás suelen pasar el día y la noche en un pensar, y siendo así, como lo es, que cualquiera animal *piensa* más que el hombre, deducimos que la tal definición corresponde á él menos que á otro animal cualquiera, debiendo ser sustituida por esta otra: *El hombre es el animal que menos piensa*, y viene á ser otro epigrama no menos picante que el que contiene la anterior definición, todo por esa maldita palabra que permite que *piensen* todos los animales.

¿Cuán lejos estarán VV. de creer que la habitación en que viven, la alcoba en que duermen, una calle cualquiera, el campo, en fin, pueden tornarse en teatros en tan corto instante, que ni aun se necesite el concurso de operarios ni actores!

Y sin embargo, cualquiera puede hacer la prueba. No hay sino tomarse una cajita de fósforos en aguardiente, ó armar camorra con el primer transunto, y los periódicos publicarán la noticia en estos ó parecidos términos: En la calle tal ha habido una *escena*.... ó la casa cual ha sido *teatro* de un horrible asesinato ó suicidio, etc.

Pasen como exageraciones *beber los vientos*, *ir por los aires*, *sentir crecer la yerba*, y otras frases de este jaez ó de esta albarda, que lo mismo deberá ser.

Pero lo que no puede pasar, es redundancia tan viciosa como la siguiente, ya tan generalizada entre nosotros: *Se guisa de comer*. Sobraba con que dijeran las muestras: *Se guisa*, y todo el mundo lo entendería; pero es preciso seguir la costumbre, y aun hay quien, para mayor claridad, ha hecho pintar: *Se guisa de comer comidas, almuerzos, etc.*

Sé de un alcalde de monterilla, sin tal monterilla, que se lamentaba de que cierto individuo hubiese *barrenado la ley*, *levantando la mano á un brazo de autoridad*. Este brazo de autoridad era el alguacil del municipio. Otro, sin andar en tales impropiedades, se hubiera quejado sencillamente de que hubiesen *barrenado* al alguacil.

¿Qué le sucedería al que pusiese la bala donde pone el ojo? ¿Qué suerte le espera al que le ha cabido la suerte de soldado? ¿Qué sarcasmo! y ¡qué suerte!

Un periódico, no há muchos días, aludiendo á un alto personaje, el cual había salido de la Granja sin sus ilustres compañeros, decía que aquel los había dejado en el sitio.

Entre los muchos artículos que hay de consumo, de primera necesidad, de viaje, de fondo, etc., no se encuentra un artículo muy nombrado: el *artículo de la muerte*. Tengo que escribir un artículo que se llame así, para que nadie desconozca el dicho artículo.

Y aquí quiero consignar un descubrimiento que acabo de hacer, el más importante para el bien de la humanidad.

La muerte no existe. Los físicos dicen que no existe el frío, y lo prueban diciendo, que lo que llamamos frío no es sino la ausencia del calor. No hay tal muerte; repito; la muerte no es más que la falta de la vida. Mientras ésta no falte, no hay que temer que venga. Suprimase, pues, esta palabra.

Ni siquiera teman VV. que nadie les *rompa la crisma*, porque nadie sabe dónde está la crisma, ni nadie se la puede romper, ni ninguno tendrá que *sacar la cara* ni meterla en favor de VV.

Pero hemos hablado de frío, y hay muchos que sacan á colación ó á cena, el *frío del demonio*. Este frío

tampoco existe, porque el demonio está muy quemado de ordinario.

Hombres y mujeres van constantemente en busca de la última moda. Se cansan en vano, porque nunca la encontrarán. La última moda jamás será la última, sino la nueva ó moderna, la moda de actualidad. Que se suprima, pues, también la última moda, que es un engaño manifiesto.

Nadie adivinará cuál es la pieza que más se ha roto en España, y que siempre está en disposición de romperse. Es la marcha real. Todas las orquestas rompen con ella. A estas horas deberá estar destrozada y hecha girones.

Lo mismo puede decirse del alba, que se rompe todos los días.

Conozco á un solemne bribon, que se complace en servir de *hombre bueno* en todos los juicios en que toman parte sus conocidos. Tantas veces se ha oído nombrar hombre malo, que tenía un consuelo en llamarse por algunos minutos *hombre bueno*.

Hay algunos que tienen la costumbre de *guardar cama*. No es la cama objeto que necesite guardas de vista; por esto yo me dejo guardar por ella, mas nunca me constituyo en su guardián.

No quisiera decirlo por diferencia al sexo bello, pero hay jóvenes que son *levantadas de cascos*, y otras que tienen los *cascos á la gineta*. Tan irreverente es nuestro lenguaje con las damas.

Sobre irreverente es también contradictorio. Así se dice de un soberano que ha perdido su posición, que se halla *destronado*; del particular que ha perdido su posición ó sus haciendas, se dice que está *tronado*. *Dar de baja* á un soldado, es descontarle del número de los soldados; *dar el alta* á un enfermo, es también descontarle del número de los enfermos.

Para ver hasta qué punto llega el afán de escribir en estilo figurado y metafórico, tomo una novela y leo:

«Ea, dijo al cabo el capitán Terrible, echando fuego por los ojos y haciendo esfuerzos por parecer sereno.»

Cualquiera diría que se trata de un capitán que habla al cabo de su compañía, y que tiene la rara y desconocida habilidad de echar fuego por los ojos, como las figuras de los fuegos artificiales, y la manía de querer parecerse á un sereno. Sin embargo, no hay nada de eso.

¿Qué diré del *cielo azul*, que como dijo muy bien el poeta, ni es cielo ni es azul?

Mas es imposible reducir á un artículo todo lo que acerca de esto se puede decir, y renuncio á hacerlo completo, dejando para mejor ocasión enriquecerle ó completarle con mejores y más abundantes datos.

En tanto, buscaré algunos objetos que todo el mundo nombre y ninguno conoce, para formar una nueva exposición de cosas desconocidas. Tales son: *el sello de la honradez*, *la cabeza de las demás naciones*, *el aquel*, *los picos pardos*, *la estampa de la heregía*, *el rastro de la vergüenza*, *el quinto cielo*, *los cuernos de la luna*, *el juego de las instituciones*, *el alma de cántaro*, *los rayos de plata que envía la luna*, *el rincón de las provincias*, *las heces del dolor*, y otras muchas que irán saliendo.

Y aquí acabo de dar al lector las expresiones.

EL COLEGIAL.

CASCABELES.

Dicen algunos periódicos, que al ministro de la Gobernación se le ha concedido el Toison de Oro.

Decía *La Correspondencia* el miércoles: «La empresa de los Campos Elíseos obsequia mañana, de seis á nueve de la madrugada, etc. ¿A qué hora le amanece á *La Correspondencia*, si á las nueve le parece que es la madrugada?...»

A *La Regeneración* no le gusta que los reyes de todas las naciones anden por ahí viajando. ¿Qué gana de meterse en vidas ajenas! ¡Deje V. vivir á los reyes de todas las naciones, hombre, digo, mujer!

Ni *El Imparcial* ni *El Diario español* quieren tratar con *El Español*. Ea, yo no juego, dicen los chicos cuando se incomodan, y lo mismo hacen los políticos. Como que la política, cuando no es un juego de compadres, es un juego de enquistos.

El teatro de la Zarzuela se abrirá el mes próximo, con una comedia de magia, de la que se cuentan maravillas y se dice que no se había visto nada parecido. Las sesenta mujeres bonitas y honradas que la empresa pide con tanta necesidad, tendrán una parte importantísima en el adorno, decorado y aparato de esa obra.

La Gaceta de Madrid, desde que se ha hecho elzeveriana, ha introducido una sección muy amena, que titula *Correspondencia particular de la Gaceta*, y en la cual pide el dinero de los anuncios á los gobernadores, jueces, alcaldes, etc., etc.

Francamente, podía pedírselo en cartas particulares, como lo hacemos los demás cuando tenemos que pedir algo, y no poner esas cosas nada menos que en la *Gaceta oficial y elzeveriana*.

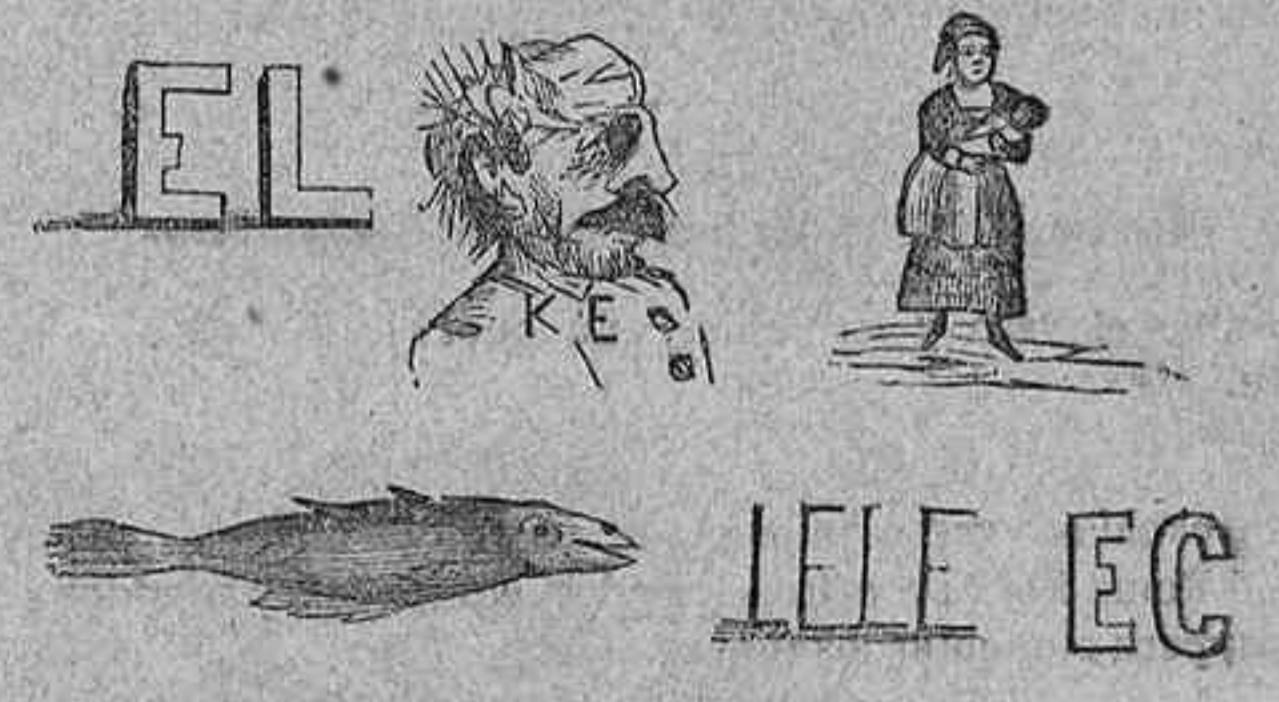
Los viajeros españoles que vuelven de París, las viajeras debemos decir, reniegan de España en cuanto llegan á la frontera. ¿Y saben VV. por qué?

Porque en las aduanas de Irun y San Sebastian les suelen decomisar muchos vestidos y objetos de todo género que han comprado en París y pretenden hacer pasar libremente.

Esta es una desgracia que no sentimos, porque no podemos ver con indiferencia que todo el mundo vaya á París y vuelva cargado de compras hechas allí, pagando acaso más caro ó lo mismo que en España, y en España estén los comerciantes las semanas enteras sin vender valor de una cuarta de cinta de á cuarto la vara.

Es grande el patriotismo de estos tiempos.

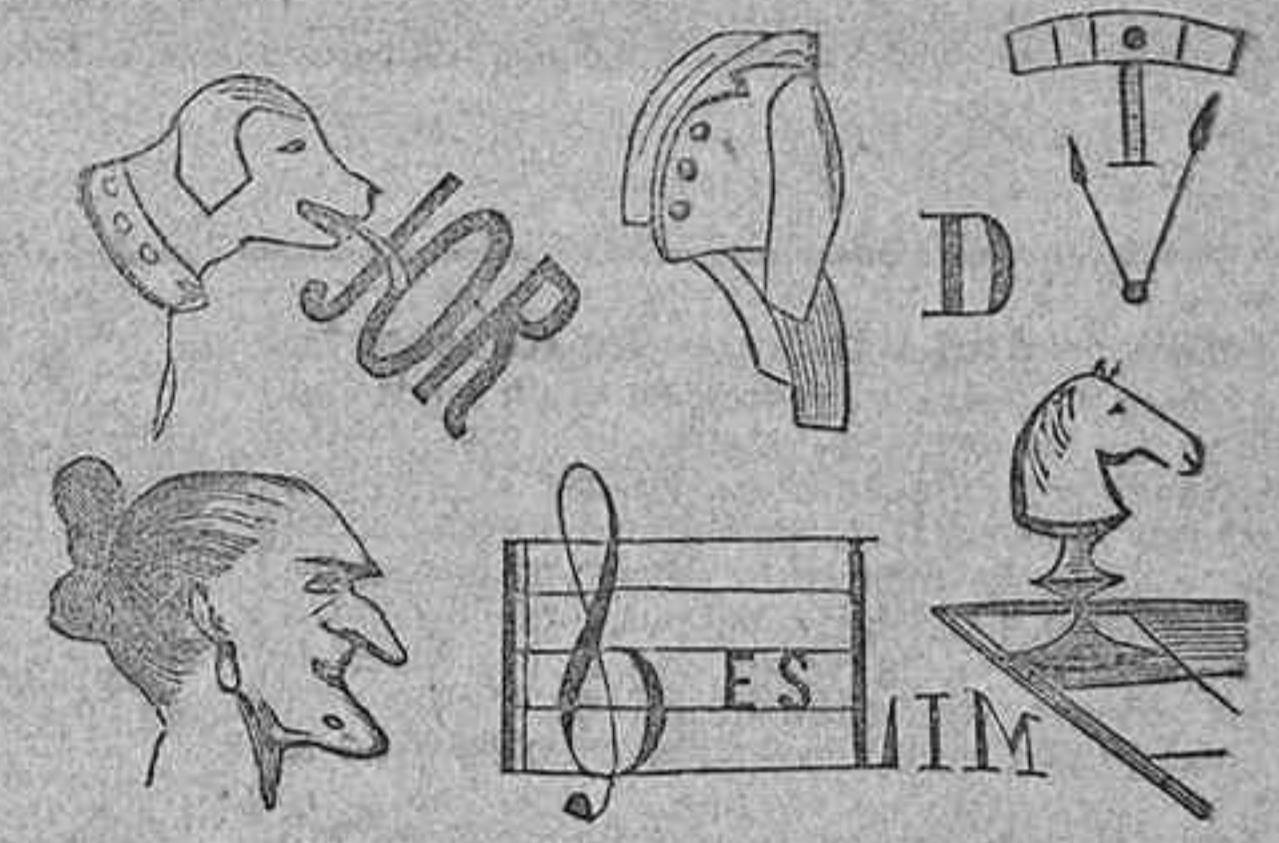
GEROGLÍFICO.



CHARADITA.

Mi primera y mi segunda son una frase latina, y una parte de tu cuerpo; forma mi tercera y quinta; si en medio pones la cuarta quedan formadas tres sílabas, y una profesión honrosa que es gloria de la milicia; y mi todo lo hallaras en ciudades, pueblos, villas, y en Madrid con abundancia, en plazas, calles y esquinas.

GEROGLÍFICO.



Dice *La España*, que el desayuno de los reyes de Portugal en Valladolid, debía consistir en chocolate, café, té, pastas y demás cosas análogas. —¿Qué quiere V. tomar, señorito? —Deme V. un plato de cosas análogas.

Hemos visto el anuncio de una fonda donde se sirven comidas con dos principios á 4 rs. y almuerzos á 2 rs. Dicen que dan hasta palillos. Recomendamos esta fonda á los periodistas de oposición.

La Correspondencia anunciaba el 14 un tren de recreo para París, que saldría el 7 de este mismo mes. Bien, muy bien. ¿Cuántos días 7 traerá este mes?

Charadita y logogrifo del número anterior.

Dice *El Español*, señores, que muy ricamente estamos.... ¿Pensará que nos hallamos en Belén con los pastores?

En el teatro de San Sebastian actúa una compañía de ópera que alterna con otra de verso. Ambas son muy aplaudidas. En la de ópera, la señora Tamburini y el señor Fábano han logrado todas las simpatías del público. La primera canta la *Sonámbula* de una manera muy notable.

En la compañía de verso se distinguen mucho la señora García, esposa del inteligente empresario de aquel teatro, señor Calle, y el actor cómico señor García, que sería una buena adquisición para un teatro de Madrid.

